

Presentación del libro “La vida en la mina”, de Jose Luis Fernández Botamanino

por Manuel Fernández de la Cera

En la “Guía espiritual de Asturias” dice Valentín Andrés Álvarez que “el humor popular asturiano es un tesoro que se pierde si no se recoge, como se han recogido romances populares. Quien lo hiciera merecería el agradecimiento de la región”. Este libro de recuerdos, “La vida en la mina” de Jose Luis Fdez. Botamino, anécdotas y vivencias”, salva del olvido situaciones y ocurrencias que no deberían perderse. De este modo, José Luis F. Botamino contribuye a la tarea propuesta por el gran intelectual asturiano que fue Valentín Andrés, uno de los fundadores de las facultades de Economía en España. No me resisto a recordar, ya que estamos hablando de un libro de recuerdos sobre la minería asturiana –que en el año 1963 Valentín Andrés fue uno de los primeros firmantes de un escrito de protesta, de los más importantes intelectuales españoles contra las torturas y malos tratos infligidos a numerosos mineros asturianos participantes en las huelgas de comienzos de los sesenta. (Angel González, Manuel Arce, Fernando Fernán Gómez, Vicente Aleixandre) Ciertamente, este libro de 119 páginas, bellamente impreso por editorial Madú, contribuye a salvar ese humor popular que Valentín Andrés valoraba como un tesoro. Pero no es sólo eso, sino que recoge los recuerdos selectivos de medio siglo de

vivencias de la mina. No son unas memorias, puesto que excluyen una parte de la experiencia. Están regidos estos recuerdos y reflexiones por el sentimiento y el humor, por el aprecio de unos compañeros de trabajo irrepetibles, y por el afán de salvar del olvido situaciones y ocurrencias como las que señalaba Valentín Andrés. José Luis Fdez. Botamino cuenta con una dilatada trayectoria de actividad política y sindical llena de coherencia. Pero esto queda fuera del libro. Si nos contara los enfados monumentales que coge como responsable de economía de la FSA, cuando alguna Agrupación se excede injustificadamente en el gasto, se rompería la atmósfera del libro que se rige por el sentimiento y el humor, humor asturiano, aunque hay también ejemplos de humor andaluz y humor gallego, pues en las décadas de los 60 y 70 fueron muchos los trabajadores de otras regiones que se incorporaron a nuestra minería.

Se ha discutido mucho si hay un humor asturiano. Nuestros grandes escritores –Campoamor, Clarín, Palacio Valdés, Pérez de Ayala- y, sobre todo, nuestro cancionero tradicional, -ejemplos: Xunce les vaques Ramona y Marchó Pachín pa la siega- parecen avalar un peculiar sentido del humor. Para Clarín el humorismo implica no decidirse por ningún juicio. Es el punto de escepticismo que manifiesta cualquier campesino asturiano cuando le preguntas cuántos “fios tien”. Antes se deja cortar un brazo que decir “tengo tantos”. La respuesta siempre es “Hay tres, en casa hay tres o la muyer tien tres”. Para Campoamor el

humor mezcla lo trágico y lo cómico, como en un magnífico ejemplo de Botamino, (pág, 21). Está aquí el agrídulce humor y la tolerante ironía de que nos habla Pérez de Ayala. También hay ejemplos del humor que, finalmente, el autor de Tigre Juan califica como de “sensualidad aldeaniega”. Pérez de Ayala llama sensualidad aldeaniega a los chistes más o menos gochones, a los que tan aficionados somos los asturianos. Cuando los alumnos asturianos van a Inglaterra para aprender inglés y viven con una familia inglesa, vuelven escandalizados de lo poco que se duchan los ingleses. Si supieran algo de historia de Asturias se escandalizarían menos, pues los campesinos asturianos –hasta hace pocos años- procuraban tener bien limpias y lucidas las vacas, pero ellos mismos no tuvieron baños hasta los años sesenta o setenta del pasado siglo. Y cuando los tuvieron, al principio era más usado por los jóvenes que por los viejos.

Como ejemplos de “sensualidad aldeaniega” voy a citar dos situaciones recogidas por Botamino. La del champú al huevo (pág. 72) y la de la leche de pantera (pág. 43). El contraste entre el bable y el castellano era un problema en los años 60 y 70 ante la presencia de médicos procedentes de fuera de Asturias (pág. 46). Las descripciones de la vida cotidiana, de lo que Unamuno llamaba la intrahistoria, nos permiten constatar la pervivencia de viejas costumbres, como las cencerradas que se dedicaban a los viudos que se casaban de nuevo, con los problemas inevitables

con la guardia civil que acudía a proteger a los novios de los voladores y burlas (pág. 69).

Pero, además de contar este libro de J. L. F. Botamino con agridulce humor, con tolerante ironía y con sensualidad aldeaniega, incluye también –para decirlo con las palabras de Pérez de Ayala, un sentimiento de “lirismo de leyenda” en la evocación de ejemplares compañeros de trabajo, muchos ya desaparecidos, con el recuerdo de aquellos hombres de la mina, de tanta generosidad y grandeza de espíritu, solidarios y leales, llenos de buen sentido, de ingenio, de humor asturiano.

En fin, un libro muy asturiano, escrito –en palabras del novelista ovetense-

“con agridulce humor y con lirismo de leyenda,

Y con tolerante ironía

Y con sensualidad aldeaniega.

En suma, las virtudes

Del sol de oro y la plateada niebla

Del cielo de mi Asturias”

Y finalizo con una de las más viejas “tonás” dedicadas a la minería:

A la Pipiona,

A la Pipiona madre,

a la Pipiona,
porque me dan castaños
llechi y boroña.

Muchas gracias.

Manuel Fernández de la Cera